

ALBERTO PIRIS

Euskal Herria entre España y Europa

Aborda el Centro de Investigación para la Paz en este número de *Papeles* un asunto que nunca antes había afrontado directamente: el conflicto vasco. Tan arduo es el problema planteado, que incluso decidirse a denominar “conflicto vasco” a la cuestión que España tiene pendiente desde muy antiguo con el pueblo y las tierras de Euskal Herria, y que hasta ahora no ha sabido resolver de modo satisfactorio, ya significaría, según algunos, una decidida toma de posición: ¿por qué no llamarle -argumentan- “conflicto del Estado español”? Es el Estado, no el pueblo vasco, el origen del irresuelto contencioso, o al menos en parte tan importante como para no poder atribuir en exclusiva a *lo vasco* su causa principal, afirman sectores que hablan desde la moderación y el diálogo, como también aquí se pretende hacer.

Y es que cuando se intenta analizar, con desapasionamiento pero motivados por el más profundo interés, ese prolongado desencuentro entre grupos humanos entrelazados por la historia, que tanta sangre ha hecho correr, tantos odios y malentendidos ha generado y tanta violencia reproduce a diario, incluso el vocabulario y las expresiones utilizadas se cargan de matizadas connotaciones y sutiles sobreentendidos que hacen difícil, cuando no peligroso, su habitual uso como instrumentos de entendimiento intelectual. A ello dedica parte de su colaboración Rafael Sainz de Rozas, cuando afirma que “para discutir hay que hablar el mismo lenguaje”. Es posible que dentro de la heterogeneidad de las colaboraciones aquí reunidas no sea fácil alcanzar la deseada unidad de lenguaje, pero al menos la pluralidad de puntos de vista que en este número coinciden permitirá al lector conseguir una visión más amplia.

Un centro de análisis y estudio, como el CIP, que se dice de investigación para la paz, que sistemáticamente estudia conflictos en todos los cuadrantes de la rosa de los vientos y que incluso participa, si bien hasta ahora modestamente, en su resolución,¹ no puede ignorar que el más grave conflicto interior que aqueja a la sociedad española es el que afecta al País Vasco. No es necesario poner de relieve su alto nivel de gravedad pues cualquier lector será seguramente consciente de

Alberto Piris es
analista del CIP.

¹ Alberto Piris, “La dimensión internacional del conflicto colombiano”, *Papeles*, nº 58, primavera 1996, p. 93.

La existencia del terrorismo de ETA es un síntoma más, evidentemente el más grave y peligroso, de un problema difícil, no resuelto, que se ha enconado al paso del tiempo.

ello. Basta con revisar, siquiera someramente, algunas de sus consecuencias: división de la sociedad, distorsión de las funciones del Estado, aparición del terrorismo gubernativo, esfuerzos por ocultar ilegalidades sin cuento, condicionamiento de la actividad política en general... La existencia del terrorismo de ETA es un síntoma más, evidentemente el más grave y peligroso, de un problema difícil, no resuelto, que se ha enconado al paso del tiempo, y que incluso ha hecho descarrilar en varias ocasiones al recién arrancado tren de la democracia española. Parece obligado estar de acuerdo con Jonan Fernández cuando más adelante en estas páginas afirma que en la sociedad vasca "la necesidad de diálogo no viene solo dada por la existencia de ETA y de su acción violenta".

Otra razón para abordar el análisis de esta espinosa cuestión es la constatación de que es amplia e insistente la demanda social, tanto en Euskal Herria como en el resto de España, que exige cada vez con más insistencia la resolución de este conflicto, que quiere salir de una situación de estancamiento y que, contemplando el modo en el que conflictos no muy distintos se resuelven en otras partes del mundo, considera que es preciso forzar una salida de la situación mediante la presión social. Como afirma un miembro de Amigos de la UNESCO en Euskal Herria, "la solución del conflicto no pasa por contar cuántos votos tienes tú y cuántos tengo yo" sino en alcanzar unos mínimos niveles de consenso básico y social, niveles que en modo alguno cuestionan la legitimidad alcanzada en las urnas.² La puesta en práctica de procedimientos con componente coactiva, es decir, el forzar situaciones de diálogo entre las partes enfrentadas, se ha revelado en otros casos como un necesario paso inicial que pueda dar lugar a otras medidas de diálogo y negociación.

Lo primero que se observa al afrontar este problema, provisto el observador del habitual bagaje al uso para la resolución de conflictos, es que aquí ya no hay lugar para la prevención, actividad esencial para la desactivación y contención de aquéllos. Solo queda espacio útil para la resolución, difícil por tardía, en una primera etapa, y después para el restablecimiento de la paz en una sociedad herida y parcialmente desarticulada por la larga violencia que sobre ella se ha abatido. Estos son los dos grandes pasos que habrá que dar, tarde o temprano, de uno u otro modo, si se desea que el "conflicto vasco" sea alguna vez historia del pasado y, en el caso más favorable ahora posible, ejemplo de resolución para otros pueblos y sociedades.

"No es cierto que para entender los problemas vascos haya que ser vasco", indica J.M. Tortosa en la primera línea de su colaboración. Pero... ayuda bastante, se podría añadir a continuación, porque nadie como el enfermo conoce la honda congoja de sus sufrimientos y ningún médico comparte la enfermedad de su paciente para entenderla mejor, salvo heroicas excepciones que hacen historia en el mundo de la medicina. Es la razón por la que en este monográfico predominan las colaboraciones de quienes desde su observatorio en el País Vasco, desde el derecho constitucional o la psicología, desde la universidad o las organizaciones que luchan por la paz, pueden hacer importantes contribuciones para comprender la dinámica política y social que en Euskal Herria se vive día a día.

² Paul Ortega, en nota manuscrita remitida al CIP.

El lector de *Papeles* que se aproxima habitualmente a esta revista con ánimo de comprender mejor un mundo que a menudo se le presenta heterogéneo y desestructurado se habrá preguntado a menudo por las causas o las raíces más profundas de cualquiera de los conflictos que en ella se analizan. Y en los artículos a ellos dedicados habrá encontrado, por lo general, cumplida información. Es una preocupación legítima a la que se aplican muchos esfuerzos -y el tratamiento que de ordinario se da al múltiple conflicto en lo que fue Yugoslavia así lo indica- pero que puede desviar innecesariamente la atención sobre el proceso resolutivo, en un inútil esfuerzo por intentar prever hoy lo que no pudo anticiparse hace años, decenios o siglos. Es preciso encontrar un equilibrio entre el análisis de la realidad y el de las lejanas raíces, entre considerar lo que se puede hacer hoy y analizar lo que se debió haber hecho en el pasado, para no perderse en la frondosidad de las habituales divagaciones históricas y así poder saltar pronto al presente, para desde él abarcar la situación real a la que debe aplicarse el remedio.

Dentro de esta línea, es evidente que ayuda a comprender el conflicto vasco leer a Gurutz Jauregi cuando afirma que “en la formación de no pocos de los Estados nacionales europeos se produjo un importante error, cual fue el hacer tabla rasa de todas las formaciones sociales y territoriales premodernas, y acabar con la diversidad de culturas para subsumirlas en una única cultura nacional-estatal”. Es cierto que la tendencia jacobina a unificar el Estado, el idioma o las leyes, o a extender una uniforme cuadrícula provincial con instituciones similares sobre lo que hasta entonces eran reinos, señoríos o regiones de muy distinta naturaleza, talante y modos de vida, puede ahora ser visto como “un importante error”, habida cuenta de algunas de las consecuencias que ello ha traído. No obstante, en la Francia revolucionaria o en la España decimonónica, unificar un espacio comercial heterogéneo, un sistema de pesas y medidas, extender canales económicos y homogeneizar sociedades que, en algunos casos, vivían más cerca del Neolítico que de la Revolución Industrial (el *descubrimiento oficial* de la comarca de Las Hurdes en 1922 fue un ejemplo evidente de esto), parecía, por el contrario, un importante avance, en la línea de los ilustrados que habían precedido a quienes transplantaron a nuestro país el uniformador modelo francés. De ahí el peligro de valorar, con criterios actuales, decisiones producidas en circunstancias históricas muy distintas. Que exista peligro no indica, sin embargo, que no sea conveniente hacerlo en ocasiones en las que la mitificación histórica conduce a violencias e incomprensiones en el momento actual.

En cualquier caso, en las colaboraciones que en este número se presentan, se dedica mucho más esfuerzo a analizar la situación actual del conflicto, sus planteamientos, e incluso los posibles caminos que conduzcan a resolución, que no a analizar las raíces históricas, culturales, sociales, políticas o económicas que lo sustentan. En todo caso, no verá aquí el lector una insistencia en rastrear el pasado tanto como una voluntad de afrontar el futuro, aunque sólo sea por la aproximación de esa fecha significativa que representa el comienzo del próximo milenio.

Tan heterogéneas colaboraciones ha parecido conveniente articularlas para facilitar la lectura a quienes no están familiarizados con el conflicto que aquí se aborda. Los cuatro primeros trabajos ayudan a comprender algunos datos iniciales básicos -no todos, lamentablemente, lo que hubiera aumentado excesivamente el

volumen de este número- para mejor interpretar lo que se expone después. Una franca opinión *desde fuera*, de José María Tortosa, un artículo parcial y apasionado (en palabras del propio autor) de Javier Corcuera, una proyección hacia el inminente siglo XXI, de Iñaki Lasagabaster, y un repaso de los conceptos fundamentales de autonomía, soberanía y autodeterminación, de Gurutz Jauregi, componen el primer capítulo.

Después se incluyen cinco colaboraciones que de uno u otro modo se refieren a dos cuestiones. Por un lado, a elementos concretos que intervienen en el conflicto: el nacionalismo es tratado por Pedro Ibarra, la violencia y el pacifismo son analizados por Rafael Sainz de Rozas, la dinámica del Estado de derecho y el estado de guerra es abordada por Miguel Ruiz, y la interpretación de ETA se comenta en la colaboración de Sabino Ayestarán; por otra parte, se apuntan propuestas de resolución, como la de Jonan Fernández, que propone un marco democrático para una solución viable. Cada uno de los autores toca naturalmente muchos otros temas y algunos trabajos desbordan ampliamente el marco de la clasificación aquí propuesta, y se deja al criterio definitivo del lector encuadrar las aportaciones de cada autor como mejor le parezca.

Continúan dos colaboraciones de difícil clasificación en las que Luis M. Gallardo analiza el concepto de identidad común vasca, y Juan María Ollora revisa las posibilidades del Pacto de Ajuria Enea desde la óptica de su militancia política.

Es evidente que serían deseables muchas otras aportaciones, desde perspectivas muy distintas, pero no ha sido la finalidad del Centro de Investigación para la Paz redactar una enciclopedia de Euskal Herria, sino poner en manos de sus lectores unos apuntes iniciales que les permitan juzgar el conflicto vasco con suficiente información propia. Esperamos que así sea o, en todo caso, sirva este esfuerzo de base para mayores empeños.